

EL
LIBRO
DE LA
JUNGLA





EL
LIBRO
DE LA
JUNGLA

DE
RUDYARD KIPLING



CON ILUSTRACIONES

DE
MINALIMA

FOLIOSCOPIO

EL
LIBRO
DE LA
JUNGLA

Rudyard Kipling

Título original: *The Jungle Book*

© de la traducción: Juan Gabriel López Guix, 2025

Publicado originalmente en 2016 por Harper Design.
Publicado en español por Folioscopio
según acuerdo con Harper Design,
un sello de HarperCollins Publishers.

© de esta edición: Folioscopio, S. L., 2026
c/ Rosselló, 186 5^a-4^a 08008 Barcelona (España)
www.folioscopio.com

Primera edición: mayo de 2026
ISBN: 978-84-103801-8-9
Depósito legal: B 18413-2025

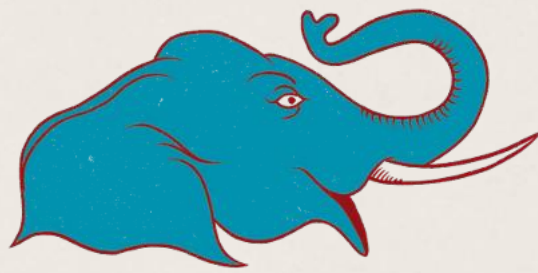
Diseño del libro: MinaLima Design

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en China/ *Printed in China*







ÍNDICE

CAPÍTULO 1

Los hermanos de Mogli 11

Canción de caza de la Manada de Seoni



CAPÍTULO 2

La caza de Ka 45

Canción de viaje de los Bandar-log



CAPÍTULO 3

¡El tigre! ¡El tigre! 89

Canción de Mogli





CAPÍTULO 4

El oso marino blanco 125

Lukannon



CAPÍTULO 5

Riqui-Tiqui-Tavi 159

Cántico de Darzi



CAPÍTULO 6

Tumai de los Elefantes 187

Shiva y el saltamontes



CAPÍTULO 7

Los sirvientes de la reina 221

Canción de desfile de los animales del campamento





... CAPÍTULO ...

1

LOS HERMANOS DE MOGLI



*«... y la luna alumbraba la boca de la
cueva en la que todos vivían».*



ran las siete de la tarde de un anochecer muy caluroso en los montes de Seoni cuando Padre Lobo se desperezó tras su descanso diurno, se rascó, bostezó y estiró una tras otra las patas para sacudirse la sensación de sueño de las garras. Madre Loba permanecía tumbada con el gran hocico gris colocado sobre sus cuatro revoltosos y chillones cachorros, y la luna alumbraba la boca de la cueva en la que todos vivían.

—¡Auuu! —exclamó Padre Lobo—. Vuelve a ser hora de ir a cazar.

Estaba a punto de saltar ladera abajo cuando una pequeña sombra con una tupida cola cruzó el umbral y dijo con voz lastimera:

—Que la suerte te acompañe, oh, Jefe de los Lobos; y que la suerte y unos dientes fuertes y blancos acompañen a tus nobles hijos, para que nunca olviden a los hambrientos de este mundo.

Era el chacal, Tabaqui el Lameplatos, a quien los lobos de la India desprecian porque va por ahí haciendo maldades, contando chismes y comiendo trapos y trozos de cuero en los basureros del poblado. Aunque también le tienen miedo, porque Tabaqui, más que ninguna otra criatura de la jungla, es propenso a los ataques de locura en los que se olvida de si ha tenido alguna vez miedo a alguien y corre por la selva mordiendo todo lo que encuentra a su paso. Incluso el tigre se esconde cuando el pequeño Tabaqui enloquece, porque enloquecer es lo más vergonzoso que puede ocurrirle a una criatura salvaje. Nosotros lo llamamos hidrofobia, pero ellos lo llaman *dewani* [la locura] y salen corriendo.

—Entra, pues, y mira —dijo Padre Lobo fríamente—; pero aquí no hay comida.

—Para un lobo, no —dijo Tabaqui—; pero, para alguien tan desvalido como yo, un hueso reseco es un buen banquete. ¡Quiénes

somos nosotros, los Guidur-log [el Pueblo de los Chacales], para ponernos tan exquisitos? —Se escabulló hasta el fondo de la cueva, donde encontró un hueso de ciervo con algo de carne todavía, y se sentó a roerlo alegremente.

—Muchas gracias por tan buena comida —dijo, lamiéndose los labios—. ¡Qué hermosos son tus nobles hijos! ¡Qué ojos tan grandes tienen! ¡Y qué jóvenes son! No tendría que haber olvidado, es verdad, que los hijos de los reyes son hombres desde el principio.

El caso es que Tabaqui sabía tan bien como cualquiera que no hay nada tan desafortunado como elogiar a los niños delante de ellos; y disfrutó viendo la incomodidad que mostraron Madre Loba y Padre Lobo.

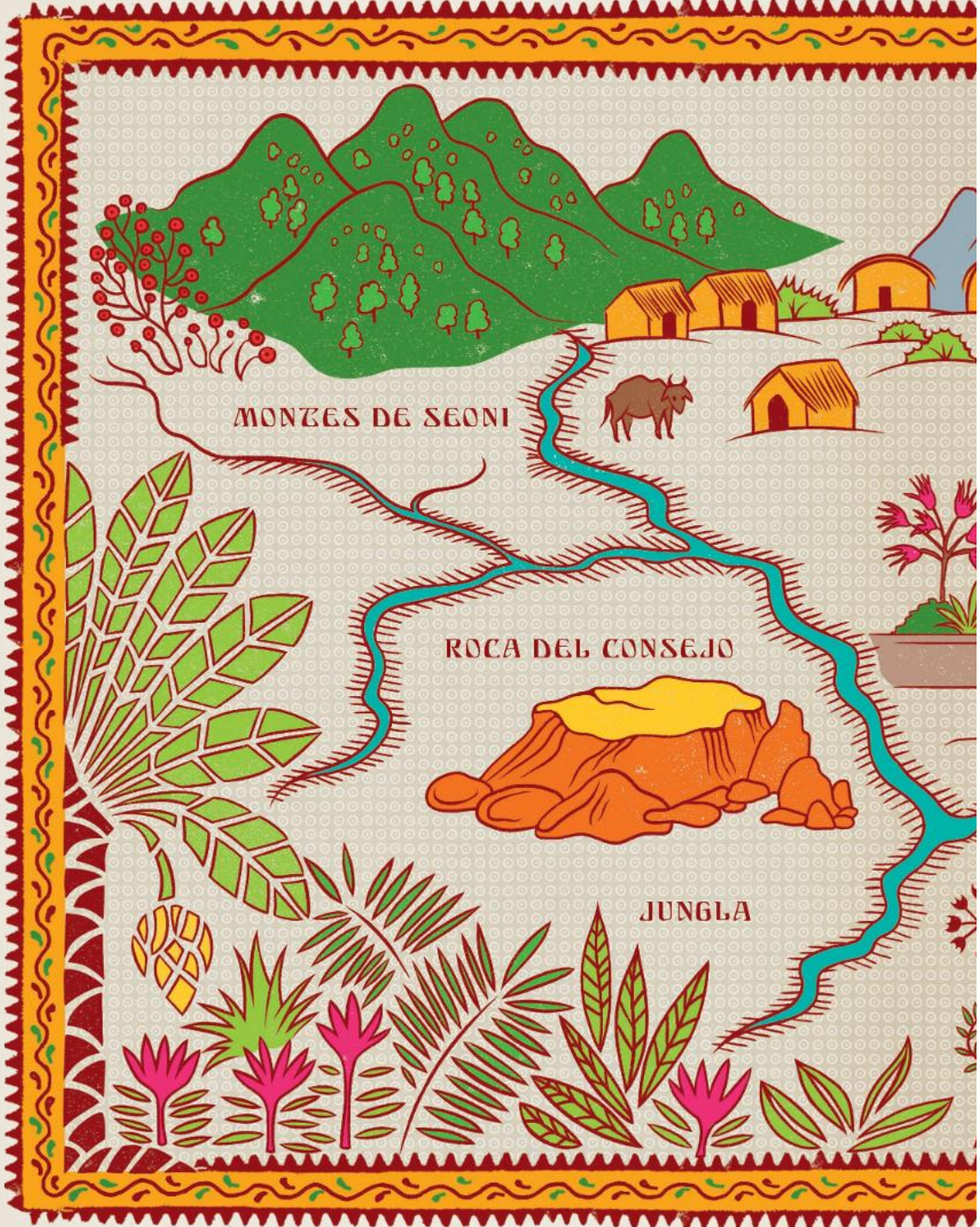
Tabaqui se sentó y permaneció inmóvil, complaciéndose en la malicia que había hecho; a continuación, añadió con malevolencia:

—Sher Kan el Grande ha desplazado su territorio de caza. Me ha dicho que cazará en estos montes durante la próxima luna.

Sher Kan era el tigre que vivía cerca del río Wainganga, a treinta kilómetros de distancia.

—¡No tiene derecho! —soltó furioso Padre Lobo—. Según la Ley de la Jungla, no tiene derecho a cambiar de territorio sin avisar debidamente. Asustará a todas las presas en un radio de quince kilómetros; y yo tengo que matar por dos en este momento.

—Su madre no lo llamó Lungri [el Cojo] por casualidad —dijo Madre Loba con voz queda—. Es cojo de una pata de nacimiento. Por eso sólo mata ganado. Ahora que ya tiene furiosos a los aldeanos del Wainganga, viene a enfurecer a los nuestros. Rastrearán la jungla en su busca, y él ya estará lejos; en cambio, nosotros y nuestros hijos tendremos que salir corriendo cuando prendan fuego a la maleza. ¡Sí, estamos muy agradecidos a Sher Kan!



MONZES DE SEONI

ROCA DEL CONSEJO

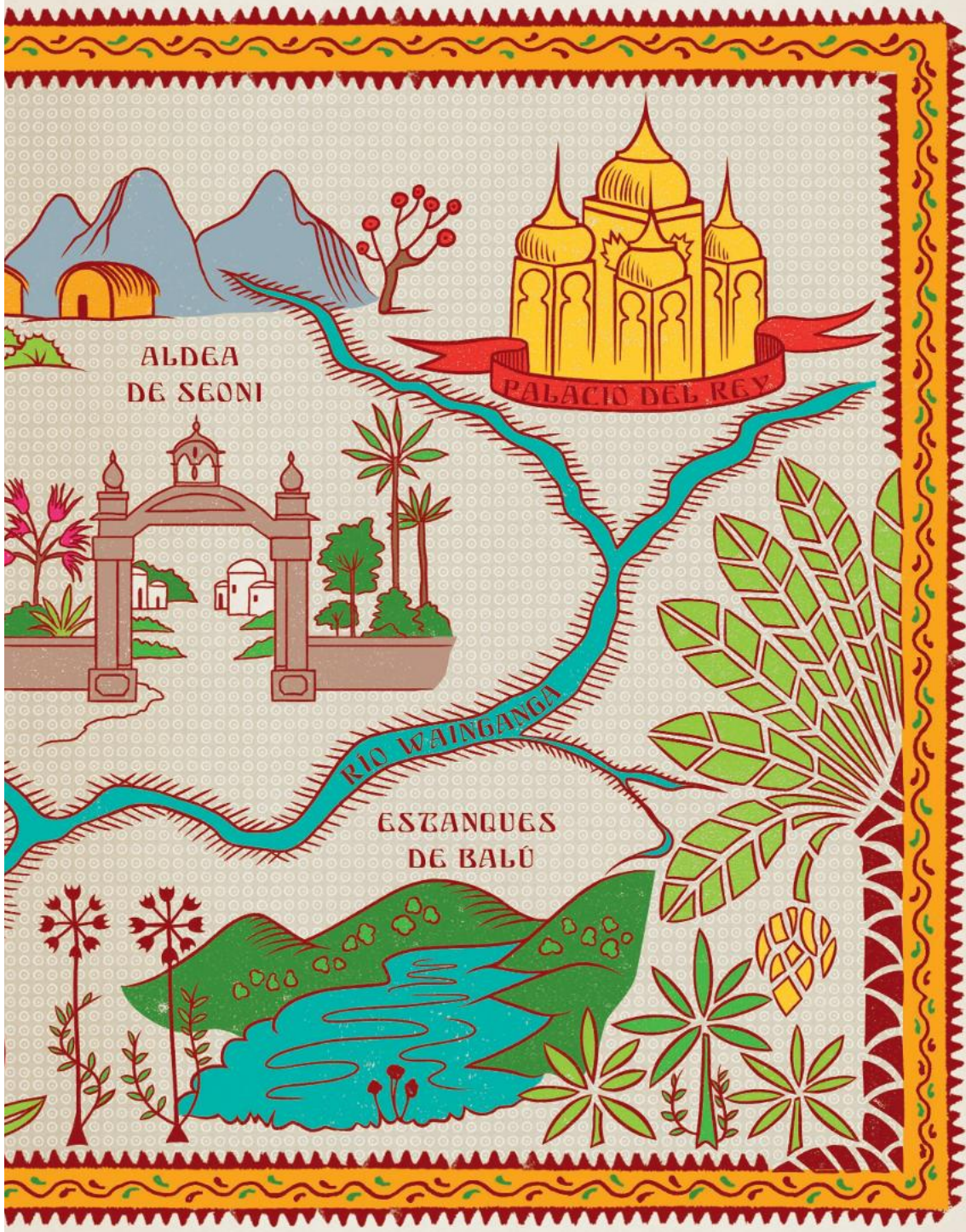
JUNGLA

ALDEA
DE SEONI

PALACIO DEL REY

RIO WAINBANGA

ESTANQUES
DE BALÚ



—¿Le transmito vuestra gratitud? —dijo Tabaqui.

—¡Lárgate! —gritó Padre Lobo—. ¡Lárgate y ve a cazar con tu amo! Ya has hecho suficiente daño por una noche.

—Me voy —dijo Tabaqui en voz baja—. Ya se oye a Sher Kan allá abajo, entre los matorrales. Podría haberme ahorrado el mensaje.

Padre Lobo prestó atención y, en el oscuro valle que conduce a un riachuelo, oyó el áspero, enojado, rencoroso y monótono quejido de un tigre que no ha cazado nada y al que no le importa que toda la jungla se entere.

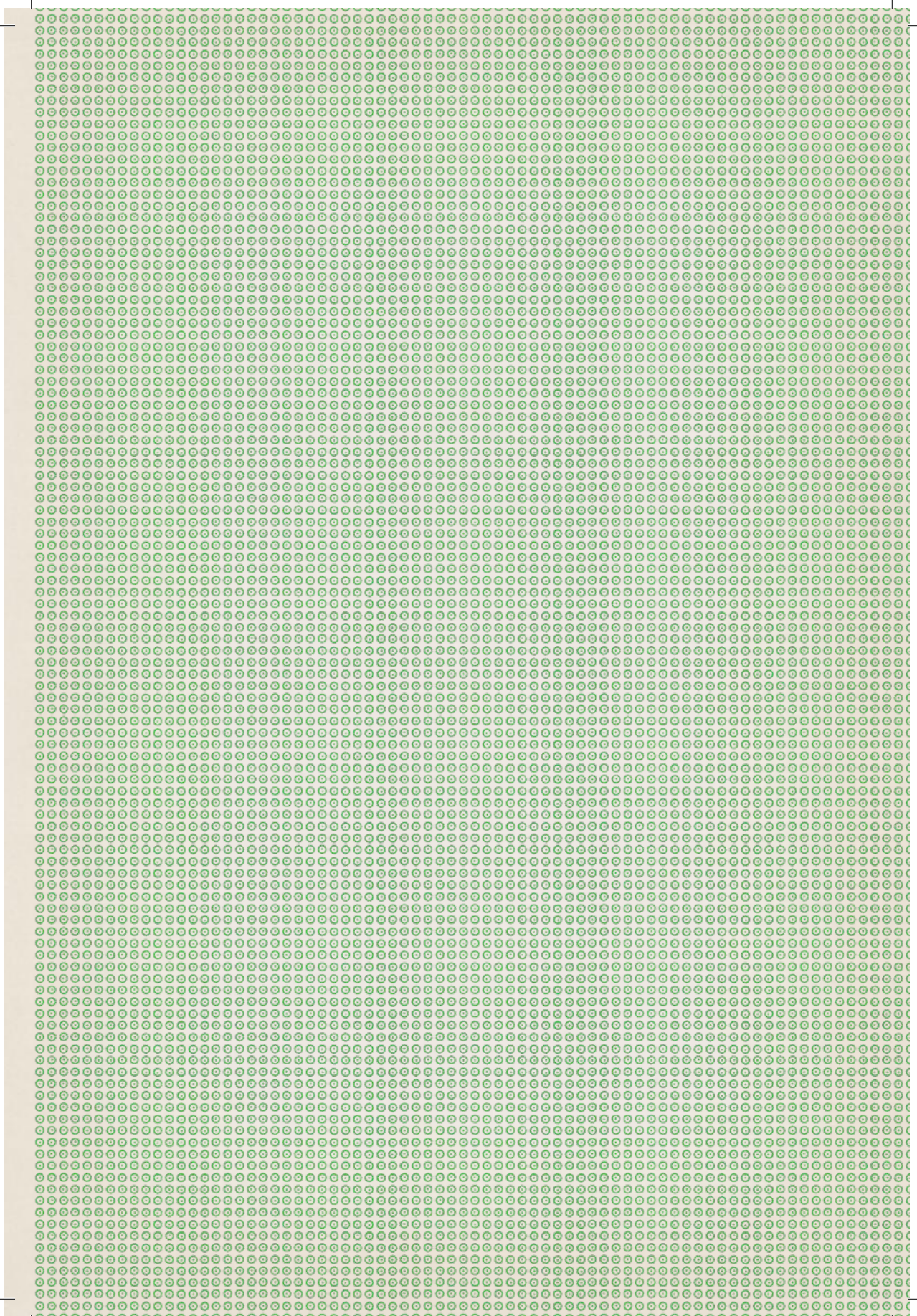
—¡Qué idiota! —dijo Padre Lobo—. ¡Tener que empezar una noche de trabajo con ese ruido! ¿Acaso se cree que nuestros ciervos son como sus bueyes cebados del Wainganga?

—¡Chis! No es un buey ni un ciervo lo que caza esta noche —dijo Madre Loba—; es un Hombre.

El quejido se había transformado en una especie de cantinela ronroneante que parecía retumbar desde todos los puntos cardinales. Era el ruido que confunde a los leñadores y a los gitanos que duermen a la intemperie, y a veces los hace correr hasta la misma boca del tigre.

—¡Un Hombre! —exclamó Padre Lobo, mostrando todos sus blancos dientes—. ¡Puaj! Como si no hubiera suficientes escarabajos y ranas en las cisternas para tener que comer un Hombre... ¡y encima en nuestro territorio!

La Ley de la Jungla, que nunca ordena nada sin razón, prohíbe a cualquier animal comer a un Hombre, salvo si lo que quiere es enseñar a sus hijos cómo matar; y, en tal caso, debe cazar fuera de los terrenos de su manada o tribu. La verdadera razón para ello es que matar hombres significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos montados sobre elefantes, con escopetas, y cientos de hombres morenos con gongs, cohetes y antorchas. Y entonces en la



jungla todos sufren. La razón que se dan los animales entre ellos es que el Hombre es el más débil e indefenso de todos los seres vivos, y que es deshonroso atacarlo. Dicen también —y es verdad— que quienes comen hombres contraen la sarna y pierden los dientes.

La cantinela se intensificó y concluyó con el «¡Argh!» a pleno pulmón de la arremetida del tigre.

Sonó luego un alarido —un alarido muy poco tigresco— emitido por Sher Kan.

—Ha fallado —dijo Madre Loba—. ¿Qué ha pasado?

Padre Lobo corrió unas pocas zancadas y oyó a Sher Kan murmurar y mascullar frenéticamente, al tiempo que corría entre la maleza.

—Al idiota no se le ha ocurrido otra cosa que saltar sobre la fogata de unos leñadores y se ha quemado las patas —dijo Padre Lobo, con un gruñido—. Tabaqui está con él.

—Algo está subiendo por la ladera —dijo Madre Loba, inclinando una oreja—. Prepárate.

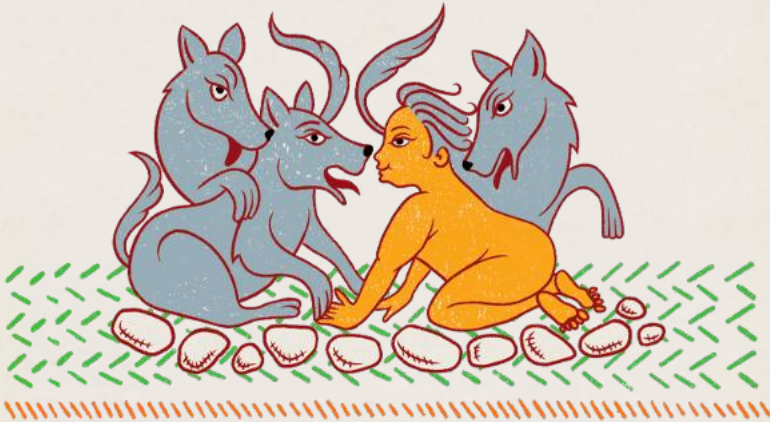
Las ramas crujieron un poco en los matorrales, y Padre Lobo apretó las patas traseras contra el suelo, preparado para saltar. Entonces, de haber estado mirando, habríais visto la cosa más increíble del mundo: el lobo se controló en mitad del salto. Se había impulsado antes de ver hacia qué saltaba y luego intentó frenarse. El resultado fue que se elevó en vertical un metro o un metro y medio y cayó casi en el mismo sitio desde el que había saltado.

—¡Un Hombre! —exclamó—. Un cachorro de Hombre. ¡Mira!

Justo ante él, sosteniéndose en una rama baja, había un niño moreno y desnudo que apenas sabía caminar: nunca una cosita tan blanda y rolliza había llegado a la cueva de un lobo por la noche. Miró a Padre Lobo a la cara y se echó a reír.

—¿Es un cachorro de Hombre? —preguntó Madre Loba—. Nunca he visto uno. Tráelo.

Un lobo acostumbrado a mover sus cachorros es capaz, si es necesario, de atrapar un huevo con la boca sin romperlo; por ello, aunque las mandíbulas de Padre Lobo se cerraron sobre la espalda del niño, ni un solo diente le arañó la piel cuando lo depositó entre los cachorros.



—¡Qué pequeño que es! ¡Qué poco pelo, y qué... atrevido! —dijo en voz baja Madre Loba.

El niño se hizo un hueco entre los cachorros para acercarse a la piel cálida.

—¡*Ahai!* —añadió—. Está comiendo con los otros. Así que esto es un cachorro humano. ¿Ha podido alguna vez una loba presumir de tener un cachorro humano entre sus hijos?

—Lo he oído de vez en cuando, pero nunca en nuestra manada ni tampoco lo he visto nunca —dijo Padre Lobo—. No tiene nada de pelo, y lo podría matar de un solo golpe con una de mis garras; pero, fíjate, alza la mirada y no tiene miedo.

El claro de luna quedó oculto en la boca de la cueva, porque la gran cabeza cuadrada y los grandes hombros de Sher Kan bloquearon la entrada. Tabaqui, tras él, chillaba:

—Mi señor, mi señor, se ha metido aquí dentro.

—Sher Kan nos hace un gran honor —dijo Padre Lobo, pero sus ojos mostraban un gran enojo—. ¿Qué necesita Sher Kan?

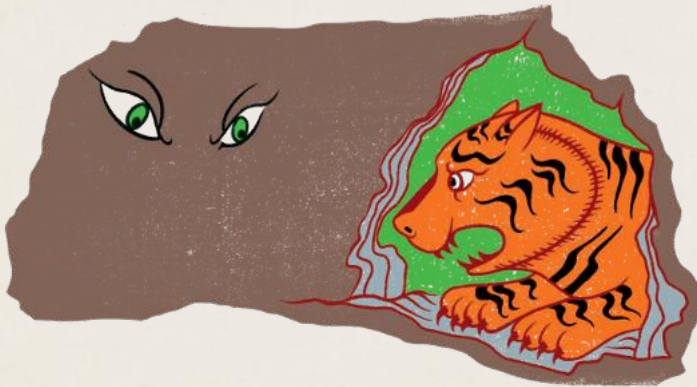
—Mi presa. Ha entrado aquí un cachorro humano. Sus padres han escapado. Dámelo.

Sher Kan había saltado sobre la fogata de unos leñadores, como había dicho Padre Lobo, y estaba furioso a causa del dolor de sus patas quemadas. Sin embargo, Padre Lobo sabía que la boca de la cueva era demasiado estrecha para que por ella entrara un tigre. Incluso en el lugar donde se encontraba, tenía ya los hombros y las patas delanteras muy trabados por falta de espacio, como lo habría estado un hombre que intentara pelear metido en un tonel.

—¡Los Lobos somos un pueblo libre! Aceptamos órdenes del Jefe de la Manada, y no de ningún matarreses con rayas. El cachorro humano es nuestro y lo mataremos nosotros... si así lo decidimos.

—¡Lo decidís y no lo decidís! ¿De qué estamos hablando? Por el búfalo que he matado, ¿me tengo que ver con la nariz metida en vuestra madriguera de perros para conseguir lo que justamente me corresponde? ¡Soy yo, Sher Kan, quien habla!

El rugido del tigre atronó en la cueva. Madre Loba hizo a un lado a sus cachorros y saltó hacia delante con los ojos fijos, cual dos lunas verdes en la oscuridad, en los llameantes ojos de Sher Kan.



—Y soy yo, Raksha [la Demonio], quien responde. ¡El cachorro humano es mío y sólo mío, Lungri! Nadie lo matará. Vivirá para correr con la Manada y para cazar con la Manada; y, al final, atiende bien, cazador de cachorritos sin pelo, zamparranas, matapeces, ¡acabará cazándote a ti! Y ahora largo de aquí, bestia chamuscada de la jungla, o, por el sambar que he matado (yo no como ganado famélico), ¡volverás con tu madre más cojo que cuando viniste al mundo! ¡Vete!

Padre Lobo observó, sorprendido. Casi había olvidado los días en los que venció a Madre Loba en una lucha justa con otros cinco lobos, cuando ella corría en la Manada y no la llamaban la Demonio por mero cumplido. Sher Kan podría haber hecho frente a Padre Lobo, pero no podía luchar contra Madre Loba, pues sabía que allí ella contaba con toda la ventaja del terreno y pelearía hasta la muerte. De modo que salió de la boca de la cueva gruñendo y, cuando se vio libre, exclamó:

—¡Cada perro ladra en su patio! Ya veremos lo que dice la Manada de eso de acoger cachorros humanos. El cachorro es mío y en mis dientes acabará al final, ladrones de cola greñuda.

Madre Loba se tumbó jadeando entre sus cachorros, y Padre Lobo le dijo con voz grave:

—Sher Kan tiene razón en eso. Hay que mostrar el cachorro a la Manada. ¿Sigues queriendo quedártelo, Madre?

—¡Que si quiero quedármelo! —exclamó con voz ahogada—. Ha llegado indefenso, de noche, solo y muy hambriento; y, sin embargo, no ha tenido miedo. Mira, ya ha apartado a uno de mis pequeños. Y ese matarife cojo lo habría matado y se habría escapado al Wainganga mientras los aldeanos nos habrían perseguido en venganza por todas nuestras guaridas. ¿Que si me lo quiero quedar? Desde luego que me lo quiero quedar. Échate tranquila, ranita.



Oh, Mogli, porque Mogli, la Rana, te voy a llamar, llegará un día en que tú perseguirás a Sher Kan como él te ha perseguido a ti.

—Pero ¿qué dirá la Manada? —preguntó Padre Lobo.

La Ley de la Jungla establece muy claramente que cualquier lobo, puede, tras casarse, abandonar la Manada a la que pertenece; pero, en cuanto sus cachorros son lo bastante grandes para sostenerse en pie, debe llevarlos ante el Consejo de la Manada, que suele celebrarse una vez al mes durante la luna llena, con el fin de que los demás lobos puedan identificarlos. Tras la inspección, los cachorros son libres de ir adonde quieran y, hasta que no han matado su primer ciervo, no hay excusa aceptable si un lobo adulto de la Manada mata a alguno de ellos. El castigo es la muerte en caso de que sea posible dar con el asesino; y, si lo piensas un momento, verás que es así como debe ser.

Padre Lobo esperó a que sus cachorros fueran capaces de corretear un poco y luego, en la noche de la Reunión de la Manada, los llevó, junto con Mogli y Madre Loba, a la Roca del Consejo, una cima cubierta de piedras y peñas donde podían esconderse un centenar de lobos. Akela, el gran Lobo Solitario gris, que debido a su fuerza y astucia dirigía toda la Manada, se tumbó cual largo era sobre su roca. Por debajo de él se sentaron una cuarentena o más de lobos de todos los tamaños y colores, desde veteranos de color tejón capaces de ocuparse ellos solos de un ciervo hasta jóvenes negros de tres años convencidos de que también podrían hacerlo. Hacía ya un año que Lobo Solitario los dirigía. Había caído dos veces en una trampa para lobos en su juventud, y una vez lo habían golpeado hasta darlo por muerto; de modo que conocía los usos y costumbres de los hombres.



Se hablaba muy poco en la Roca. Los cachorros tropezaban unos con otros en el centro del círculo que formaban madres y padres; de vez en cuando, un lobo mayor se acercaba en silencio a un cachorro, lo examinaba atentamente y luego volvía a su lugar con pasos silenciosos. A veces, una madre movía a un cachorro para que quedara bien iluminado por el claro de luna y asegurarse así de que no lo pasaban por alto. Akela, desde su roca, gritaba:

—Conocéis la Ley de la Jungla, conocéis la Ley de la Jungla. ¡Mirad bien, oh, Lobos!

Y las inquietas madres repetían el grito:

—¡Mirad bien, oh, Lobos!

Al final (y los pelos de la nuca de Madre Loba se erizaron cuando llegó ese momento), Padre Lobo empujó a Mogli, la Rana, como lo llamaban, hasta el centro del círculo, donde se sentó riendo y jugando con algunas piedrecitas que relucían a la luz de la luna.

Akela no levantó en ningún momento la cabeza, que había apoyado en las patas, y siguió con su monótono grito:

—¡Mirad bien!

Se oyó un rugido ahogado procedente de detrás de las rocas; era la voz de Sher Kan:

—Ese cachorro es mío. Entregádmelo. ¿Qué tiene que hacer el Pueblo Libre con un cachorro humano?

Akela no movió en ningún momento las orejas; cuanto dijo fue:

—¡Mirad bien, oh, Lobos! ¿Qué tiene que hacer el Pueblo Libre con las órdenes de cualquiera, salvo con las del Pueblo Libre? ¡Mirad bien!

Se oyó un coro de gruñidos sordos, y un lobo joven que ya tenía más de tres años volvió a lanzarle a Akela la pregunta de Sher Kan:

—¿Qué tiene que hacer el Pueblo Libre con un cachorro humano?

El caso es que la Ley de la Jungla establece que, en caso de que surja alguna disputa sobre el derecho de un cachorro a ser aceptado por la Manada, deben hablar en su defensa al menos dos miembros de la Manada que no sean ni su padre ni su madre.

—¿Quién habla en defensa de este cachorro? —dijo Akela—. Entre el Pueblo Libre, ¿quién habla?

No hubo respuesta alguna, y Madre Loba se preparó para lo que sabía que sería su última pelea, en caso de que se llegara a ese punto.

Entonces, la única otra criatura que está autorizada en el Consejo de la Manada (Balú, el somnoliento oso pardo que enseña a los lobeznos la Ley de la Jungla; el viejo Balú, que va y viene por donde quiere porque sólo come frutos secos, raíces y miel), se irguió sobre sus patas traseras y gruñó.

—¿El cachorro humano... el cachorro humano? —dijo—. Yo hablo en favor del cachorro humano. No hace ningún daño un cachorro humano. No tengo el don de la palabra, pero digo la verdad. Dejadlo que corra con la Manada, y que sea admitido con los otros. Yo mismo le enseñaré.

—Necesitamos a otro —dijo Akela—. Balú ha hablado, y él es el maestro de nuestros cachorros pequeños. ¿Quién habla además de Balú?

Una sombra negra se coló en el círculo. Era Baguira, la Pantera Negra, de pelaje como el azabache, aunque bajo ciertas luces se le apreciaban reflejos como de seda tornasolada. Todo el mundo conocía a Baguira, y nadie quería cruzarse en su camino; porque era tan astuto como Tabaquí, tan atrevido como el búfalo salvaje y tan temerario como el elefante herido. Sin embargo, tenía una voz tan agradable como la miel silvestre que gotea de un árbol y la piel más suave que el plumón.

—Oh, Akela, y vosotros, Pueblo Libre —susurró—, no tengo derecho alguno en vuestra asamblea; pero la Ley de la Jungla dice que, de surgir una duda que no sea un asunto de muerte en relación con un nuevo cachorro, la vida de ese cachorro se puede comprar a un precio. Y la Ley no dice nada acerca de quién puede o no puede pagar ese precio. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Bien, bien! —dijeron los jóvenes lobos, que siempre están con hambre—. Escuchemos a Baguira. El cachorro se puede comprar a un precio. Es la Ley.

—Sé que no tengo derecho a hablar aquí, por ello os pido permiso para hacerlo.

—¡Habla! —gritaron veinte voces.

—Matar a un cachorro indefenso es una vergüenza. Además, puede que os divierta más cuando haya crecido. Balú ha hablado en su nombre. Ahora, a la palabra de Balú, añado yo un búfalo; un búfalo gordo y recién matado, a menos de un kilómetro de aquí, si aceptáis el cachorro humano de acuerdo con la Ley. ¿Hay algún impedimento?

Se alzó un clamor de varias decenas de voces diciendo:

—¿Qué nos importa? Morirá con las lluvias del invierno. Se abrasará al sol. ¿Qué daño nos puede hacer una rana indefensa?

Dejemos que corra con la Manada. ¿Dónde está el búfalo, Baguira? Aceptemos el cachorro.

Y entonces sonó la voz profunda de Akela, gritando:

—¡Mirad bien... mirad bien, oh, Lobos!

Mogli seguía de lo más interesado en sus piedrecitas y no se dio cuenta de que los lobos se acercaron uno tras otro a mirarlo. Al final, todos partieron colina abajo en busca del búfalo muerto, y sólo quedaron Akela, Baguira, Balú y los lobos de Mogli. Sher Kan continuaba rugiendo en la noche, porque estaba muy furioso de que no le hubieran entregado a Mogli.

—Ruge, ruge todo lo que quieras —dijo Baguira, por debajo de sus bigotes—; porque o no conozco al Hombre o llegará el día en que esta cosita sin pelo te hará rugir de otro modo.

—Ha sido una buena decisión —dijo Akela—. Los hombres y sus cachorros son muy sabios. Puede sernos de ayuda más adelante.

—Cierto, una ayuda en tiempos de necesidad; porque nadie puede esperar dirigir la Manada para siempre —dijo Baguira.

Akela no respondió. Pensaba en el momento que le llega a todo jefe de toda manada, cuando se le escapa la fuerza y se vuelve cada vez más y más débil hasta que al final otro de los lobos lo mata y aparece un nuevo jefe... al que a su vez matarán.

—Llévatelo —le dijo a Padre Lobo— y prepáralo como corresponde a un miembro de la Manada.

Y así fue cómo Mogli fue admitido en la Manada de Lobos de Seoni al precio de un búfalo y gracias a la intercesión de Balú.

Ahora tendréis que conformaros con saltar unos buenos diez u once años y limitaros a imaginar la maravillosa vida que Mogli llevó entre los lobos, porque si hubiera que escribirla llenaría muchísimos libros. Creció con los lobeznos, aunque ellos, por supuesto, ya eran adultos cuando él todavía era apenas un niño; y Padre Lobo le enseñó a comportarse en la jungla y el significado de las cosas



... si hubiera que escribirla llenaría muchísimos libros.

que había en ella hasta que cada susurro en la hierba, cada soplo del cálido aire nocturno, cada nota de los búhos sobre su cabeza, cada rasguño de unas garras de murciélago que colgaba un rato en un árbol y cada chapoteo de cualquier pececillo que saltaba en el remanso de un río significaron para él tanto como lo que significaba para un hombre de negocios el trabajo de su despacho. Cuando no se dedicaba a aprender, se echaba al sol y dormía, comía y volvía a echarse a dormir; cuando tenía sed o calor, nadaba en los estanques de la selva; y, cuando quería miel (Balú le dijo que la miel y las nueces eran tan sabrosas como la carne cruda), se encaramaba a buscarla, como Baguira le había enseñado a hacer.

Baguira se tumbaba en una rama y le decía «Vamos, vamos, Hermanito»; al principio, él se agarraba al tronco como un perezoso, pero luego ya saltaba de rama en rama como el mono gris. También ocupaba su lugar en el Consejo de la Roca cuando la Manada se reunía y allí descubrió que, si miraba fijamente a cualquier lobo, éste se veía obligado a bajar la mirada, de modo que solía hacerlo para divertirse.

Otras veces, les sacaba a sus amigos largas espinas de las almohadillas de las patas, porque a los lobos les hacen muchísimo daño las espinas y los abrojos que se les enredan en el pelaje. En ocasiones, descendía la ladera de la colina por la noche y se adentraba



en las tierras cultivadas y contemplaba con mucha curiosidad a los aldeanos en sus chozas; sin embargo, desconfiaba de los hombres porque Baguira le había mostrado una caja cuadrada con una puerta que se cerraba y que estaba escondida con tanta astucia en la jungla que casi se mete en ella, y le había dicho que era una trampa.

Lo que más le gustaba era adentrarse con Baguira en el oscuro y cálido corazón de la selva, dormir durante todo el soporífero día y, por la noche, ver cómo la pantera cazaba. Baguira cazaba a diestra y siniestra cuando tenía hambre, y lo mismo hacía Mogli; aunque con una excepción. En cuanto fue lo bastante mayor para entender las cosas, Baguira le explicó que no debía tocar el ganado, porque había sido comprado para la Manada al precio de la vida de un búfalo. «Toda la jungla es tuya —le había dicho Baguira— y puedes cazar todo lo que tengas la fuerza suficiente para cazar; pero, en honor al búfalo que te compró, nunca tienes que matar ni comer ninguna res, ni joven ni vieja. Es la Ley de la Jungla». Mogli obedeció fielmente.

Y creció y no dejó de crecer con toda la fuerza con la que debe crecer un niño que no sabe que está aprendiendo y no tiene otra cosa que pensar en el mundo que no sea en los asuntos del comer.

Madre Loba le dijo una o dos veces que Sher Kan no era una criatura digna de confianza, y que algún día tendría que matarlo; pero, si bien un lobo joven habría recordado ese consejo a todas horas, Mogli lo olvidó porque sólo era un niño... aunque él habría dicho que era un lobo de haber sido capaz de hablar un idioma humano.

Sher Kan no dejaba de cruzarse en su camino en la jungla, porque, a medida que Akela se hacía mayor y más débil, el tigre cojo había entablado una gran amistad con los lobos jóvenes de la Manada, quienes lo seguían para aprovecharse de las sobras, algo

que Akela jamás habría permitido de haberse atrevido a llevar su autoridad hasta los límites adecuados. Sher Kan adulaba a los lobeznos y decía sorprenderse de que unos cazadores tan jóvenes y magníficos aceptaran ser dirigidos por un lobo moribundo y un cachorro humano. «Me cuentan —decía Sher Kan— que en el Consejo no os atrevéis a mirarlo a los ojos»; y los jóvenes lobos gruñían y erizaban el lomo.

Baguira, que tenía ojos y oídos en todas partes, se enteró de algo de todo aquello, por lo que una o dos veces le dijo a Mogli con toda claridad que Sher Kan querría matarlo un día; Mogli se rio y respondió: «Tengo a la Manada y te tengo a ti; y Balú, aunque es muy perezoso, podría soltar uno o dos golpes para defenderme. ¿Por qué iba a tener miedo?».

Sucedió que un día de mucho calor a Baguira se le ocurrió una idea, a partir de algo que había oído. Puede que se lo contara Iqui el Puercoespín; el caso es que, estando con Mogli en las profundidades de la jungla, mientras el muchacho tenía la cabeza apoyada en su hermosa piel negra, Baguira le dijo:

—Hermanito, ¿cuántas veces te he dicho que Sher Kan es tu enemigo?

—Tantas como cocos hay en ese cocotero —respondió Mogli, quien naturalmente no sabía contar—. ¿Y qué? Tengo sueño, Baguira, y Sher Kan es pura cola y griterío, como Mao el Pavo Real.

—Pero no es momento de dormir. Balú lo sabe, yo lo sé, la Manada lo sabe, lo sabe hasta el venado más estúpido. Tabaqui también te lo ha dicho.

—¡Jo, jo! —exclamó Mogli—. Tabaqui se me acercó no hace mucho y me dijo cosas desagradables: que era un cachorro humano indefenso y que no servía ni para desenterrar bellotas; pero lo agarré por la cola y lo golpeé dos veces contra un cocotero para enseñarle modales.

—Eso fue una tontería; porque, aunque Tabaqui es un revoltoso, te podría haber dicho algo que te afecta directamente. Abre los ojos, Hermanito; Sher Kan no se atreve a matarte en la jungla por miedo a aquellos que te quieren, pero no olvides que Akela es muy viejo. Pronto llegará el día en que ya no pueda matar un ciervo y entonces ya no será el jefe. Muchos de los lobos que cuidaron de ti cuando te llevaron al Consejo son también viejos, y los lobeznos creen, porque se lo ha enseñado Sher Kan, que en la Manada no hay sitio para un cachorro humano. Dentro de poco, serás un hombre.

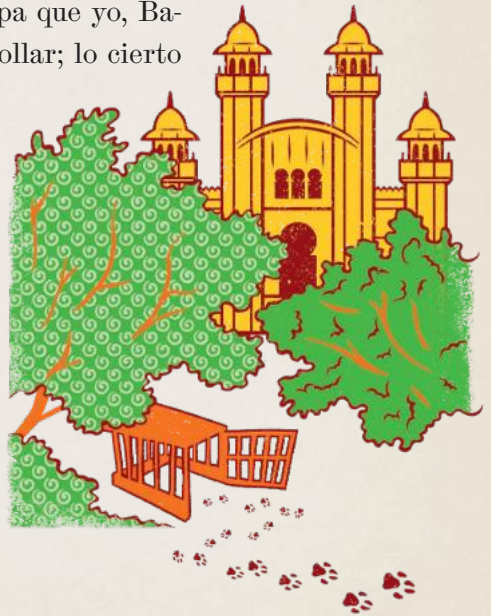
—¿Y por qué un hombre no puede correr con sus hermanos? —preguntó Mogli—. He nacido en la jungla. He obedecido la Ley de la Jungla, y no hay lobo nuestro de cuya pata no haya sacado una espina. ¡Son hermanos de verdad!

Baguira se estiró cuan largo era y entrecerró los ojos.

—Hermanito —continuó—, tócame debajo de la mandíbula.

Mogli alargó su fuerte mano morena y justo debajo de la sedosa mejilla de Baguira, donde se ondulaban los enormes músculos ocultos por el reluciente pelaje, encontró un lugar sin pelo.

—No hay nadie en la jungla que sepa que yo, Baguira, llevo esta marca: la marca del collar; lo cierto es, Hermanito, que nací entre los hombres y que entre los hombres murió mi madre, en las jaulas del palacio del rey en Udaipur. Por esa razón pagué tu precio en el Consejo cuando eras un pequeño cachorro indefenso. Sí, yo también nací entre los hombres. No había visto nunca la jungla. Me daban de comer en una gamella de hierro tras los barrotes hasta que una noche sentí que era Baguira la Pantera,



no un juguete de los hombres, y de una patada rompí el ridículo cerrojo y me escapé; y, como había aprendido las costumbres de los hombres, me convertí en la jungla en alguien más terrible que Sher Kan. ¿O no es así?

—Sí —dijo Mogli—, toda la jungla tiene miedo a Baguira... menos Mogli.

—Ah, es que tú eres un cachorro humano —dijo la Pantera Negra con mucha ternura—; y, del mismo modo que yo volví a mi jungla, también tú tendrás que acabar volviendo con los hombres, con los hombres que son tus hermanos... si es que no te matan en el Consejo.

—Pero ¿por qué... por qué me querría matar nadie? —preguntó Mogli.

—Mírame —dijo Baguira.

Y Mogli lo miró fijamente a los ojos. La gran pantera desvió la mirada al cabo de medio minuto.

—Por esto —dijo, deslizando una pata sobre las hojas—. Ni siquiera yo soy capaz de mirarte a los ojos, y eso que nací entre los hombres y te quiero, Hermanito. Los otros te odian porque no pueden sostenerte la mirada, porque eres sabio, porque les has sacado espinas de las patas, porque eres un hombre.

—No sabía esas cosas —dijo Mogli con hosquedad, y frunció sus espesas cejas negras.

—¿Cuál es la Ley de la Jungla? Golpea primero y luego habla. Por tu misma despreocupación saben que eres un hombre. Pero sé prudente. Mi corazón me dice que cuando Akela no logre matar a su siguiente presa (y cada vez le cuesta más atrapar al ciervo), la Manada se volverá contra él y contra ti. Celebrarán un Consejo de la jungla en la Roca y luego... luego... ¡ya lo tengo! —exclamó Baguira, dando un salto—. Baja rápido a las chozas de los hombres del valle y tráete la Flor Roja que cultivan; así, cuando llegue el

momento, tendrás un amigo más fuerte que yo o que Balú o que quienes te quieren en la Manada. Consigue la Flor Roja.

La Flor Roja a la que Baguira se refería era el fuego, aunque ninguna criatura de la jungla llama al fuego por su nombre. Cada animal lo teme mortalmente e inventa cientos de formas para describirlo.

—¿La Flor Roja? —dijo Mogli—. Crece frente a las chozas al anochecer. Iré a buscarla.

—Ahora sí que habla el cachorro humano —dijo Baguira con orgullo—. Recuerda que crece en pequeños cuencos. Date prisa en conseguir uno y consérvalo para cuando lo necesites.

—¡Bien! —dijo Mogli—. Voy ahora mismo. Pero ¿estás seguro, oh, mi Baguira —rodeó con un brazo el espléndido cuello de la pantera y la miró profundamente a los ojos—, estás seguro de que Sher Kan está tramando todo eso?

—Por el Cerrojo Roto que me liberó, estoy seguro, Hermanito.

—Entonces, por el Búfalo que me compró, se lo haré pagar con creces —dijo Mogli, y se alejó de un salto.

«Es un hombre. Es todo un hombre —dijo Baguira para sí, tumbándose de nuevo—. ¡Oh, Sher Kan, no hubo nunca caza más negra que aquella caza de ranas tuya de hace diez años!».

Mogli se alejó por la selva, corriendo con todas sus fuerzas y sintiendo el corazón enardecido en el pecho. Llegó a la cueva al mismo tiempo que el atardecer se empañaba de tonos rosados, inspiró con fuerza y contempló el valle. Los cachorros habían salido, pero Madre Loba, en el fondo de la cueva, supo por su respiración que algo preocupaba a su rana.

—¿Qué ocurre, Hijo? —preguntó.

—Nada, chismes del murciélago sobre Sher Kan —respondió—. Voy a cazar a los campos arados esta noche. —Y se lanzó colina abajo entre los matorrales, hacia el río que discurría por el fondo del valle.

Allí se detuvo, porque oyó el griterío de la Manada cazando, oyó el bramido de un sambar perseguido y el bufido cuando el animal estuvo acorralado. Luego se oyeron los malvados y resentidos aullidos de los lobos jóvenes:

—¡Akela! ¡Akela! Que Lobo Solitario muestre su fuerza. Dejad paso al Jefe de la Manada. ¡Salta, Akela!

El Lobo Solitario debió de saltar sin lograr atrapar la presa, porque Mogli oyó el chasquido de sus dientes y luego un gañido cuando el sambar lo golpeó con una pata delantera.

No esperó más, sino que siguió corriendo; y los gritos se fueron apagando tras él a medida que se adentraba en las tierras de cultivo en las que vivían los aldeanos.

—Baguira ha dicho la verdad —dijo con voz entrecortada, mientras se acurrucaba en una pila de forraje para el ganado junto a la ventana de una choza—. Mañana va a ser el día decisivo para Akela y para mí.

A continuación, acercó la cara a la ventana y contempló el fuego en el hogar. Vio que la mujer del campesino se levantaba y lo alimentaba en la noche con bolitas negras; luego, cuando llegó la mañana y flotaba en el aire una neblina blanca y fría, vio que el hijo del campesino agarraba una cestita de mimbre revestida por dentro de arcilla, la llenaba de trozos de carbón incandescente, la colocaba

bajo el manto y salía a ocuparse de las vacas en el establo.

—¿Eso es todo? —dijo Mogli—. Si un cachorro puede hacerlo, no hay nada que temer.

De modo que dobló la esquina de la choza, se topó con el niño, le arrebató la cesta de la mano y desapareció en la neblina mientras el niño gritaba de miedo.



—Se parecen mucho a mí —dijo Mogli, soplando en la cesta, como había visto hacer a la mujer—. Esto se morirá si no le doy de comer —añadió, y fue echando ramitas secas y trozos de corteza a las piedras rojas.

A mitad de la ladera, encontró a Baguira; el rocío matutino brillaba como piedras de luna en el pelaje de la pantera.

—Akela no capturó su presa —dijo la pantera—. Lo habrían matado anoche, pero te querían también a ti. Te han estado buscando por el monte.

—Estaba en las tierras cultivadas. Estoy listo. ¡Mira!

Mogli alzó la cesta con el fuego.

—¡Bien! He visto que los hombres echaban una rama seca en esa cosa y entonces la Flor Roja florecía en su extremo. ¿No tienes miedo?

—No. ¿Por qué iba a tener miedo? Recuerdo ahora (si no es un sueño) que, antes de ser un lobo, me tumbaba junto a la Flor Roja y se estaba a gusto y calentito.

Durante todo ese día, Mogli permaneció en el interior de la cueva cuidando la cesta del fuego y echándole ramitas secas para ver qué pasaba. Encontró una rama que le pareció adecuada y, al anochecer, cuando Tabaqui apareció en la cueva y le dijo con mucha brusquedad que lo esperaban en el Consejo de la Roca, se echó a reír hasta que Tabaqui se alejó corriendo. A continuación, Mogli se dirigió al Consejo, sin parar de reír.

Akela el Lobo Solitario estaba recostado al pie de su roca como señal de que la jefatura de la Manada estaba abierta, mientras Sher Kan y su séquito de lobos que se alimentaban de sobras se paseaban de un lado a otro, recibiendo halagos. Baguira se mantuvo junto a Mogli, quien se colocó la cesta entre las rodillas. Cuando estuvieron todos reunidos, Sher Kan empezó a hablar, algo a lo que nunca se habría atrevido en los mejores tiempos de Akela.

—No tiene derecho —susurró Baguira—. Dilo. Es hijo de un perro. Se asustará.

Mogli se puso en pie de un salto.

—Pueblo Libre —exclamó—, ¿dirige Sher Kan la Manada? ¿Qué tiene que ver un tigre con nuestra jefatura?

—Dado que la jefatura está abierta y se me ha pedido que hable... —empezó a decir Sher Kan.

—¿Quién te lo ha pedido? —preguntó Mogli—. ¿Acaso somos todos chacales, para tener que adular a este matarife de vacas? La dirección de la Manada sólo le corresponde a la Manada.

Se oyeron unos gritos de «¡Silencio, cachorro humano!», «Dejadlo hablar, ha cumplido nuestra Ley»; y, al final, los mayores de la Manada gritaron con fuerza:

—¡Que hable el Lobo Muerto!

Cuando un Jefe de la Manada no captura a su presa, se lo llama Lobo Muerto mientras vive, que no suele ser mucho tiempo.

Akela levantó pesadamente su anciana cabeza:

—Pueblo Libre, y también vosotros, chacales de Sher Kan, durante doce estaciones os he llevado y traído de las cacerías y en todo ese tiempo nadie ha caído nunca en una trampa ni ha quedado mutilado. Ahora he fallado. Sabéis cómo se tramó el plan. Sabéis que me llevasteis hasta un ciervo que no se había tanteado antes con objeto que se supiera mi debilidad. Se obró con astucia. Tenéis derecho a matarme aquí mismo en la Roca del Consejo. Por lo tanto, os pregunto: ¿quién viene a dar fin a Lobo Solitario? Porque tengo derecho, según la Ley de la Jungla, a que vengáis de uno en uno.

Se produjo un prolongado silencio, porque ningún lobo se atrevía a luchar a muerte contra Akela. Entonces Sher Kan rugió:

—¡Bah! ¿Qué nos importa ese pobre tonto desdentado? ¡Está condenado a morir! El cachorro humano es quien ha vivido demasiado.

Pueblo Libre, él era mi comida desde el principio. Entregádmelo. Estoy cansado de esta tontería de un hombre lobo. Lleva diez estaciones perturbando la jungla. Entregadme al cachorro humano o me quedaré a cazar siempre aquí y no os daré ni un hueso. ¡Es un hombre, un hijo de hombre, y lo detesto desde lo más hondo de mis entrañas!

Más de la mitad de la Manada gritó:

—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¿Qué hace un hombre entre nosotros? Que se vaya a su lugar.

—¿Y que ponga a todos los aldeanos en contra de nosotros?
—clamó Sher Kan—. No, entregádmelo. Es un hombre, y ninguno de nosotros puede mirarlo a los ojos.

Akela levantó de nuevo la cabeza y dijo:

—Ha comido nuestra comida. Ha dormido con nosotros. Ha cazado con nosotros. No ha incumplido la palabra de la Ley de la Jungla.

—Además, pagué por él un búfalo, cuando fue aceptado —dijo Baguira con su voz más suave—. El valor del búfalo es pequeño, pero el honor de Baguira es algo por lo cual él quizás quiera luchar.

—¡Un búfalo pagado hace diez años! —gruñó la Manada—. ¿Qué nos importan unos huesos viejos de diez años?

—¿Y una palabra dada? —dijo Baguira, enseñando sus blancos dientes tras los labios—. ¡Bien que se os llama el Pueblo Libre!

—¡Ningún cachorro humano puede correr junto al pueblo de la jungla! —aulló Sher Kan—. ¡Entregádmelo!

—Es nuestro hermano en todo menos en la sangre —prosiguió Akela—, ¿y lo mataríais aquí? En verdad, he vivido demasiado. Algunos de vosotros sois comedores de vacas y de otros he oído que, bajo las enseñanzas de Sher Kan, os adentráis en la noche oscura y atrapáis niños junto a las chozas de los aldeanos. Por lo tanto, sé que sois cobardes, y es a cobardes a quienes hablo. Es seguro que

debo morir, y mi vida no tiene ningún valor, pues de otro modo la ofrecería a cambio del cachorro humano. Ahora bien, por el Honor de la Manada (un pequeño detalle que, al estar sin jefe, habéis olvidado), os prometo que si dejáis que el cachorro se vaya a su casa, no mostraré, cuando me llegue la hora de morir, diente alguno contra vosotros. Moriré sin luchar. Eso le salvará al menos tres vidas a la Manada. Más no puedo hacer; si aceptáis, puedo salvaros de la vergüenza de matar a un hermano contra el que no hay reproche alguno, un hermano defendido y aceptado en la Manada según la Ley de la Jungla.

—¡Es un hombre, un hombre, un hombre! —gruñó la Manada; y la mayoría de los lobos se fue congregando en torno a Sher Kan, cuya cola empezó a agitarse.

—Ahora el asunto está en tus manos —dijo Baguira a Mogli—. Nosotros no podemos hacer nada más salvo luchar.

Mogli se puso en pie, con la cesta del fuego en las manos. Luego extendió los brazos y bostezó ante todo el Consejo; sin embargo, hervía de rabia y pesar porque, como lobos, los lobos no le habían dicho nunca hasta qué punto lo detestaban.

—¡Escuchadme! —gritó—. No hay necesidad alguna de esta cháchara de perros. Tantas veces me habéis dicho esta noche que soy un hombre (y, en realidad, yo habría sido un lobo con vosotros hasta el final de mi vida) que siento que vuestras palabras son ciertas. Así que ya no os llamaré nunca más hermanos, sino *sag* [perros], como haría un hombre. Lo que vayáis a hacer o no vayáis a hacer no os corresponde a vosotros decidirlo. Lo decidiré yo; y, para que veamos el asunto con más claridad, yo, el hombre, he traído un poco de esa Flor Roja que vosotros, perros, teméis.

Arrojó el cesto del fuego al suelo; algunas de las brasas encendieron una mata de musgo seco que ardió, y todo el Consejo retrocedió aterrizado ante las llamas.

Mogli acercó su rama seca al fuego hasta que las ramitas se encendieron y chisporrotearon, y agitó la cesta sobre su cabeza en medio de los lobos acobardados.

—Tú eres el amo —dijo Baguira en voz baja—. Salva a Akela de la muerte. Siempre ha sido tu amigo.

Akela, el viejo y ceñudo lobo que nunca en su vida había perdido clemencia, le lanzó una mirada lastimera a Mogli, que permanecía en pie, desnudo y con el largo cabello negro cayéndole sobre los hombros a la luz de la llameante rama que hacía que las sombras saltaran y se estremecieran.

—¡Bien! —exclamó Mogli, dirigiendo una lenta mirada a su alrededor—. Veo que sois perros. Me iré de vosotros a mi pueblo, si es que es mi pueblo. La jungla se ha cerrado para mí, y debo olvidar vuestra lengua y vuestra compañía; pero seré más clemente que vosotros. Porque, como lo fui todo menos vuestro hermano de sangre, prometo que, cuando sea un hombre entre los hombres, no os traicionaré ante ellos como vosotros me habéis traicionado a mí. —Le dio una patada al fuego, y las chispas salieron volando—. No habrá guerra alguna entre ninguno de nosotros y la Manada. Pero tengo una deuda que saldar antes de irme.

Dio unas zancadas hasta donde se encontraba Sher Kan pestañeando estúpidamente ante las llamas y lo agarró por la piel de la mejilla. Baguira lo siguió por si se producía algún percance.

—¡En pie, perro! —gritó Mogli—. ¡En pie, cuando te habla un hombre o te achicharro todo el pellejo!

Las orejas de Sher Kan se le aplastaron sobre la cabeza y cerró los ojos, porque tenía muy cerca la rama en llamas.

—Este matarreses ha dicho que me mataría en el Consejo porque no lo hizo cuando era un cachorro. ¡Pues así y así golpeamos a los perros cuando somos hombres! ¡Mueve un pelo del bigote, Lungri, y te hundo la Flor Roja por la garganta!

Golpeó a Sher Kan en la cabeza con la rama, y el tigre gimoteó y ganó de miedo.

—¡Bah! ¡Puedes irte, gato de jungla chamuscado! Pero has de saber que la próxima vez que venga al Consejo de la Roca, como tiene que venir un hombre, será con la piel de Sher Kan sobre la cabeza. En cuanto al resto, Akela es libre de vivir como quiera. No lo mataréis, porque no es ésa mi voluntad. Ni tampoco creo que debáis permanecer más tiempo aquí, con las lenguas colgando como si fuerais alguien, en lugar de perros a los que ahora mismo expulso... ¡así! ¡Largo!

El fuego ardía intensamente en el extremo de la rama, que Mogli agitaba a derecha e izquierda en torno al círculo, y los lobos, huyeron aullando porque las chispas les quemaban el pelaje. Al final sólo quedaron Akela, Baguira y la decena de lobos que había tomado partido por Mogli. Entonces algo empezó a dolerle a Mogli en su interior, como no le había dolido nunca en la vida y se quedó sin aliento y lloró, y las lágrimas le cayeron por las mejillas.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? —dijo—. No quiero dejar la jungla, y no sé qué me pasa. ¿Me estoy muriendo, Baguira?

—No, Hermanito. Son sólo lágrimas, como las que derraman los hombres —respondió Baguira—. Ahora ya eres un hombre, no eres más un cachorro humano. La jungla se cierra para ti a partir de ahora. Déjalas que caigan, Mogli. Sólo son lágrimas.

De modo que Mogli se sentó y lloró como si le fuera a romper el corazón; y en su vida nunca había llorado antes.

—Ahora —dijo—, me iré con los hombres. Pero antes tengo que despedirme de mi madre.

Y se dirigió a la cueva donde ella vivía con Padre Lobo, y lloró apoyado contra su cuello, mientras los cuatro lobeznos aullaban embargados por la pena.

—¿No me olvidaréis? —preguntó.

—Nunca, mientras podamos seguir un rastro —dijeron los lobeznos—. Ven al pie de la colina cuando seas un hombre, y hablaremos contigo; e iremos a las tierras cultivadas para jugar juntos por la noche.

—¡Vuelve pronto! —dijo Padre Lobo—. Oh, sabia ranita, vuelve pronto, porque somos viejos, tu madre y yo.

—Vuelve pronto —dijo Madre Loba—, hijo mío sin pelo; porque, escúchame, hijo de hombre, te he querido más de lo que he querido a mis cachorros.

—Volveré, tenedlo por seguro —dijo Mogli—; y cuando vuelva será para extender el pellejo de Sher Kan sobre la Roca del Consejo. ¡No me olvidéis! ¡Decidles en la jungla que no me olviden!

Empezaba a romper el alba cuando Mogli partió solo ladera abajo, para encontrarse con esas cosas misteriosas llamadas hombres.






Canción de caza de
la Manada de Seoní

Era el alba y el sambar bramó,
iuma, dos veces y otra vez más!
Saltó una cierva, saltó
una cierva,
que estaba bebiendo en la selva.
Lo vi al otear desde una peña,
iuma, dos veces y otra vez más!





Era el alba y el sambar bramó,
iuna, dos veces y otra vez más!
Un lobo corre, un lobo corre,
y al llegar sobre aviso nos pone
aullando tras él vamos veloces
iuna, dos veces y otra vez más!



Era el alba y la manada aulló
iuna, dos veces y otra vez más!
¡Pies que en la jungla
no dejan huella!
¡Ojos que las tinieblas penetran!
¡Boca, cuenta lo ocurrido, cuenta!
iUna, dos veces y otra vez más!

